



UNIVERSIDAD
DE LA REPUBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Universidad de la República

Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado

Ideal del yo y Julieta

Modalidad: Articulación Teórico-Clínica

Estudiante: Emilia Juliana Araújo Castro

Cédula: 5.036.064-0

Docente Tutor: Prof. Adj. Mag. Octavio Carrasco

Docente Revisor: Asist. Mag. Gonzalo Grau Pérez

Julio de 2024

Montevideo, Uruguay

*A Camilo,
por su presencia desde el comienzo.*

Índice

Resumen.....	4
Introducción.....	5
Capítulo 1- Presentación del caso.....	7
1.1 Datos Iniciales	7
1.2 Motivo de Consulta: “No Sé” Cargado de Significancia.....	9
1.3 La Identificación con su Madre como Sinónimo de Vergüenza.....	11
1.4 Situaciones de Abuso.....	13
Capítulo 2- Articulación teórica. Sobre las Identificaciones.....	15
2.1. Falta de Objeto: Frustración.....	15
2.2. Sobre el Complejo de Edipo.....	20
2.3. Teoría del Estadio del Espejo.....	22
2.4. La Mirada del Otro.....	25
2.5. Ideal del Yo.....	28
Consideraciones Finales.....	31
Referencias.....	33

Resumen

El presente texto refiere a la construcción teórico clínica del caso de Julieta, que fue llevado a cabo en la Clínica Psicoanalítica de la Unión en el año 2022, a propósito de la práctica del ciclo de graduación de la Facultad de Psicología, Universidad de la República.

Se hará un breve recorrido por las instancias que conforman la infancia del sujeto, comenzando por lo que para el autor Jacques Lacan tomará un rol principal: la falta de objeto. El énfasis estará colocado especialmente en una de las categorías de la falta, como lo es la frustración, continuando con la presentación del complejo de Edipo y el estadio del espejo, contextualizando lo que la paciente ha narrado sobre su infancia desde el psicoanálisis, tomando aportes de Sigmund Freud y otros autores.

Luego se destaca el rol de la mirada del otro como factor que potencia la vergüenza en Julieta en forma de síntoma, teniendo en cuenta cómo lo social y cultural configura su comportamiento y la mirada hacia sí misma. Por momentos siente culpa de ser quien es, o de quien será si no escoge el camino correcto, pero ¿qué significa hacer lo correcto para Julieta?. Su Ideal del yo se erige como instancia psíquica que le marcará con fuerza sus errores y arremeterá con castigos impuestos por el estricto superyó creado en la infancia. ¿Cómo evitar el trágico destino de su línea identificatoria materna? ¿Cómo hacer las cosas diferentes a la madre?.

Palabras clave: caso clínico, psicoanálisis, mirada, vergüenza, Ideal del yo, superyó.

Introducción

El siguiente trabajo final de grado (TFG) tiene el objetivo de presentar un caso clínico, articulando los principales conceptos teóricos de la corriente Psicoanalítica, en conjunto con mi experiencia en la práctica de graduación enmarcada en el dispositivo de atención de la Clínica Psicoanalítica de La Unión, en la Facultad de Psicología. Dicha práctica fue cursada en el año 2022, y constaba de una metodología en la cual se exigía la supervisión semanal, llevada a cabo por el profesor Octavio Carrasco. En las supervisiones no sólo consolidé mis conocimientos sobre la ética profesional, cuidando la verdadera identidad del paciente y otros datos personales (por tal motivo los nombres utilizados a lo largo del TFG son ficticios), sino que también reforcé las nociones cruciales del psicoanálisis, haciendo hincapié en las que brevemente desarrollé en este trabajo.

Para el correcto devenir de las conceptualizaciones del caso clínico expuesto en el primer capítulo, necesité la compañía persistente del profesor mencionado anteriormente, y por supuesto, de mis grandes compañeros de grupo, especialmente de mi compañera de dupla, Yanina, quien estuvo el primer año del análisis registrando los encuentros con la paciente, colaborando con la reflexión acontecida de las primeras instancias, que permitió restablecer mi posición de escucha. Se podría pensar que sólo existe una manera de llevar un caso clínico, pero lo cierto es que son importantes las supervisiones porque en ellas pude descubrir otras lecturas del caso, e incorporé sugerencias que me transmitieron a lo largo del proceso, que sin dudas fueron importantes para el ejercicio del trabajo analítico.

Fueron muchas horas dedicadas a la lectura de grandes exponentes del psicoanálisis, como lo son Sigmund Freud y Jacques Lacan, a los que se incluyen otros escritores que me ayudaron a la comprensión de los mismos y de sus postulados, así como también de las diversas vicisitudes que implica la construcción de un caso clínico, teniendo en cuenta que "el sujeto sufre la marca de la cadena significativa" (Lacan, 1960-1961, p.197) lo que conlleva a que no exista una linealidad en su padecer debido a que puede transformarse de acuerdo a los movimientos y relacionamientos del sujeto. De todas maneras, hay algo que sí se repite y que emerge a pesar de los desplazamientos que se hayan realizado: la falta de objeto. Por ello, en la primera parte del capítulo dos se hará un breve recorrido por la frustración, una de las faltas de objeto que considero han sido determinantes en la vida de la paciente, por el impacto que tuvo en la infancia y que incluso tiene en la adultez. Dicha etapa preedípica, dará paso al complejo de Edipo en la segunda parte del capítulo dos, y aunque se recuerda que no necesariamente se vivencian en este orden específico, se organizó de tal manera que permitiera la rápida comprensión y seguimiento de los conceptos. El Edipo, dará cuenta de la intervención del padre en la tríada integrada por la madre, el niño y el falo, realizando un corte que permitirá que la niña pueda

desvincularse de la idea de poseer a la madre, pasando de este modo a estar desprovista del falo que posteriormente buscará en el padre, generándose una rivalidad con la madre. Luego, conforme avanza el proceso, la niña logra comprender que no puede poseer ni ser poseída por el objeto paterno, permitiéndose la incorporación de los elementos femeninos y masculinos que le permitan la correcta identificación con las figuras parentales, es entonces cuando "la identificación reemplaza a la elección de objeto; la elección de objeto ha regresado hasta la identificación" (Freud, 1920, p.100).

En la tercera parte del capítulo dos se introducirá la teoría del estadio del espejo de Lacan, que corresponde al establecimiento del yo, y a su vez, al ingreso en los campos imaginarios y simbólicos, porque además de permitir reconocerse en la imagen reflejada y en el semejante, es decir, en el otro, también se genera un vínculo con la imagen y con quien nos cuida que comienza a posicionarnos en una determinada dialéctica cultural y social. Esto último es imprescindible porque "cuando un sujeto habla o escribe, dice mucho más de lo que estrictamente quiere decir, dando a ser leída una trama vincular etnográfica, una posición política, una historia que fusiona lo personal con lo colectivo" (Carrasco, 2017, p.24), por lo que cuando la paciente habla, se debe tener en cuenta el más allá de sus palabras comprendiendo que hay un otro "en su íntima exterioridad puesta en juego en sus actos" (Carrasco, 2017, p.24) que hace efecto y marca su relato. Teniendo en cuenta la implicancia del otro en nuestra subjetividad, la cuarta parte del capítulo dos estará destinada a cómo la mirada del otro configura sus acciones y embiste su cuerpo, debido a que es atravesada por el síntoma instalado en la vergüenza que le genera ser hija de una madre prostituta. La paciente percibe el estigma social que rodea al ejercicio de la prostitución, porque sabe de las miradas de desdén de otras mujeres hacia su madre, y también de la mirada perversa de los hombres cuando querían ser sus clientes. En base a esto, se culminará el capítulo dos con los designios culturales y sociales que la llevaron a la construcción de un Ideal del yo, haciendo referencia a los atravesamientos del mito familiar que han motivado a la paciente a querer ser diferente a su madre.

Respecto a la construcción del caso clínico desde el psicoanálisis, Carrasco (2017) considera que en principio tiene la característica de una novela literaria, en la que se van conectando los diferentes personajes de la historia del sujeto, generando un sentido que si bien contempla la subjetividad de quien tenemos enfrente, al escribirlo y articularlo con los conceptos encuentra "su carácter generalizable" (p.22), logrando que otros puedan sentirse tocados con lo expuesto (p.22). Se trata entonces de que el caso clínico trascienda lo particular del paciente para que, dentro de los estatutos de la confidencialidad, pueda seguir colaborando en otras construcciones clínicas, dando paso -por qué no- a nuevas consideraciones y cuestionamientos sobre lo planteado en estas páginas y las venideras: "la razón de cuidar el anonimato de los pacientes se torna entonces un puente de lo particular

de las experiencias de los tratamientos a una pretensión de universal no absoluto sino generalizable, compartible, transmisible de uno a otro" (Carrasco, 2017, p.78).

Capítulo 1- Presentación del Caso

1.1 Datos Iniciales

Julieta tenía diecinueve años recién cumplidos cuando inició el análisis en la Clínica Psicoanalítica de La Unión en julio de 2022. Actualmente tiene veinte años y aún continúa con el tratamiento que lleva casi dos años.

Tiene cuatro hermanos: una hermana mayor que a los dieciocho tuvo una hija y se fue vivir sola; y tres de menor edad con los cuales convivió en la misma casa junto a su madre hasta unos meses antes de la primera sesión, pero que se fue a raíz de un conflicto con su madre que desembocó en que la echara. Cuando tuvieron dicho conflicto, Julieta tenía dieciocho años, y el mismo fue porque su madre quería que ella se quedara a cargo de sus hermanos más chicos para que pudiera salir a trabajar, lo que implicaba que la paciente no tuviera tiempo de asistir al liceo y tampoco de realizar otras actividades. Julieta, cuenta que lo que desencadenó el enojo de su madre, fue que se negó a quedarse al cuidado de sus hermanos, indicando que en la infancia tuvo que encargarse de ellos muchas veces, y que incluso en ocasiones tuvo que faltar a la escuela para que no quedaran solos, por lo que no quería atravesar la misma situación otra vez. Al quedarse sin lugar a donde ir, solicitó ayuda a los referentes del Centro Juvenil al cual asiste desde los doce años, quienes le consiguieron un hogar sustituto donde también vivía su mejor amiga, aunque en el interín de la búsqueda, Julieta se quedó con su padre de crianza, que si bien se había separado de su madre hace varios años, todavía lo consideraba muy importante en su vida. Cuando le consulté sobre su padre biológico, indica que si bien lo conoce y vivió con él cuando era muy chica, hace mucho tiempo no lo ve ni se escribe con él.

Al momento de comenzar con el tratamiento, la paciente se encontraba viviendo hace aproximadamente cuatro meses con su mejor amiga (María), la madre sustituta (Clara), su pareja y una hija de ambos. A pesar de que Julieta le había tomado cariño a Clara porque la recibió en su casa y la ayudó en momentos donde Julieta indica sentirse sola, había ciertas actitudes que la molestaban: a los problemas de convivencia por la limpieza y la comida, se le agregaba que Clara las "controlaba" mucho a ella y a María, y era por demás estricta en algunos aspectos.

Horas antes de la primera sesión Julieta indica que posiblemente no concurriría porque no encontraba su boletera, y como no tenía efectivo para pagar el medio de transporte, se le dificultaba movilizarse hasta la Clínica de La Unión. De todos modos, indicó que iba a hacer lo posible por asistir, así que con Yanina, mi compañera de práctica por un

año, decidimos ir de todas maneras, por si Julieta encontraba el modo de desplazarse hasta allí. Sobre las 10.25 llama a mi celular uno de los referentes del centro juvenil, para informarme que había llevado en auto a la joven, y que la misma se encontraba ya en el lugar donde se iba a efectuar la sesión, aguardando a que le abrieran. En esa misma sesión indica que cree que a la boletera se la podrían haber robado en la casa, puntualmente acusando a la pareja de Clara, pero que no estaba segura porque capaz la había perdido, poniendo en evidencia cómo se sentía en la casa donde residía actualmente.

Al llegar al consultorio, nos dio un beso rápido, como si estuviera muy apurada, y sin mirarnos directamente a los ojos, consultó: “¿*está bien que las salude así, con un beso?*”, le respondí que no había problema, mientras tomaba asiento en una de las tres sillas dispuestas en el consultorio. Se podía notar en su aspecto que no estaba pasando bien, tenía la mirada pegada al piso y su ropa estaba algo desprolija, sin contar que si bien hacía bastante frío, se presentó con una campera que parecía un tanto desabrigada, alegando que a pesar de eso tenía calor porque estaba nerviosa. Acto siguiente, le explicamos que mi compañera y yo éramos estudiantes realizando una práctica psicoanalítica, que estaba inmersa en el marco de la Facultad de Psicología, y que éramos dos porque Yanina tomaría registro de lo que pasara en la sesión, y yo llevaría adelante la misma, realizando intervenciones cuando fuera necesario. Luego de informarle sobre quiénes éramos, le ofrecimos el consentimiento informado para que lo leyera y, en el caso de que estuviera de acuerdo con lo expuesto en el mismo, a saber, que el registro de esta y sesiones posteriores podría ser utilizado como material clínico, lo firmara. Cualquiera fuera su decisión, le recalcamos que nosotras nos comprometíamos a siempre resguardar su identidad y otros datos específicos que pudieran revelar quien es, de acuerdo a la ética profesional.

Una vez que la paciente hubo leído y firmado el consentimiento informado, deja la lapicera en la mesa, y comienza a jugar con el cierre de su campera, de arriba a abajo, cerrando y abriendo; mueve las piernas frenéticamente, se detiene un segundo cuando pongo atención a este detalle, y luego, cuando no estoy observando directamente, retoma el movimiento. Por momentos se muestra risueña, por otros la seriedad la invade, pero siempre mantiene una mirada que denota cautela, y que nunca es fija, como si estuviera decidiendo si es posible confiar en quienes tiene enfrente o no.

Los silencios por parte de Julieta fueron predominantes en esta primera sesión, y su mirada esquivaba la mía. Ella no se sentía segura, por lo que me pareció necesario indicarle que era un espacio en el que podía hablar de todo aquello que quizás le estuviera haciendo mal, que era de ella y podía usarlo para lo que creyera conveniente, a lo que asintió con la cabeza y esbozó una leve sonrisa. A pesar de esta tímida demostración de confianza,

Julieta siguió mostrándose insegura, tanto en el primer encuentro, como en el segundo, por lo que fue necesario replantear el posicionamiento que estaba teniendo ante la paciente.

1.2 Motivo de Consulta: “No Sé” Cargado de Significancia

Si bien fue la paciente quien estableció contacto para averiguar lugar, días y horarios disponibles en la clínica, la idea partió desde el equipo del centro juvenil. Contó que tuvo varias interacciones con la psicóloga de dicha institución a lo largo de su adolescencia, ya sea para evacuar dudas sobre un tema puntual, o cierto acompañamiento emocional, pero nunca había estado en tratamiento psicológico, por lo que los referentes del centro le recomendaron que asistiera a nuestra práctica, debido a que consideraron que sería lo mejor para ella. A pesar de que la comunicación fue efectuada por Julieta, la institución fue la encargada de instar a que llevara a cabo tal movimiento, por lo que la paciente llegaba a la consulta motivada por un otro, externo, sin estar segura del verdadero por qué de su comienzo en La Unión:

Emilia: Contame Julieta, ¿por qué viniste?

Julieta: Nada, no sé, no sé, me mandaron desde el centro juvenil.

Emilia: ¿Y vos por qué crees que tenés que venir?

Julieta: No sé, quise venir porque sí, no sé, no sé.

El motivo de consulta que me había comunicado era que precisaba orientación, pero no especificaba en qué ámbito quería ser orientada, y ella tampoco lo pudo expresar en ese primer contacto conmigo: cuando tuvo que colocar en palabras el motivo de su consulta, únicamente logró responder que no sabía, y que había llegado hasta allí por una mera orden del centro juvenil.

La pregunta inicial a realizarse es entonces: ¿Qué es lo que provocó que acatara dicha orden de escribir para comenzar un proceso terapéutico? Si bien inicialmente llega a consultar por motivos extrínsecos, el hecho de que acepte asistir a terapia da cuenta de que esa orden también fue impartida desde su propio campo psíquico, por lo que se puede decir que llega por orden del síntoma. Jacques Lacan (1957-1956), expresa sobre el síntoma que “se presenta bajo una máscara, se presenta bajo una forma paradójica” (p.334), por tanto, además de no mostrarse tal cual es al inicio, también el síntoma tiene carácter ambiguo, es decir, que el paciente reconoce que existe un padecimiento pero no puede identificar de manera consciente la razón del mismo; reconoce que hay una demanda (por eso actúa la orden de ir a terapia), pero la misma continúa fuera del campo de la significación, lo que quiere decir que todavía no está cargada de sentido. Para que la demanda de Julieta

cobrara sentido, no había que apresurarse en hacer desaparecer esos "no sé" que menciona en su discurso inicial, sino que era necesario aguardar a que se establezca la transferencia y, que de esta manera, se le dé la posibilidad de desplazarse al Otro simbólico. Luego de dicho desplazamiento, se pondrá en evidencia que el sufrimiento de la paciente se debe fundamentalmente a la relación con su madre, y en cómo la hace sentir que la haya corrido de la casa. Eventualmente, conforme avance el análisis, y Julieta despliegue parte de su novela familiar, surgirán otros postulados que harán de esta relación madre-hija, algo más complicado que la pelea por el cuidado de los hermanos; estarán implicadas cuestiones que remontan a la infancia de la paciente, por lo que será necesario realizar un recorrido por teorías que explican el establecimiento de la función del yo, las identificaciones y la construcción de un ideal del yo, forjado este último, por los constructos sociales que le han sido impartidos a la paciente a lo largo de su vida.

En 2023, a comienzos del segundo año de terapia, la paciente atravesará una situación dolorosa debido al suicidio de su padre de crianza; de acuerdo a lo que Julieta contó sobre él, ya había tenido otro intento de suicidio en los primeros meses de ese mismo año, porque aseguraba sentirse solo. Ante esta pérdida importante, fue necesario abordar el sufrimiento que conlleva entrar en el proceso de duelo, habilitando a la paciente a crear un espacio donde hablar de él, permitiéndole de este modo crear, a través de la palabra, nuevas asociaciones con el objeto perdido. Fue a raíz de un sueño que tuvo la paciente, en el cual ella se vió estando embarazada, sentada al lado de su padre que yacía muerto en el suelo, que ella pudo hablar de la ambigüedad existente alrededor de la figura del padre de crianza. Esta dualidad que se presenta en el objeto paterno, es marcada por la distinción entre cómo se comportó como pareja y cómo se comportó como padre. En el sueño, su padre hablaba, y le preguntaba hacia dónde iría ahora que estaba muerto: ¿al infierno o al cielo?.

Emilia: ¿A dónde crees vos que fué?

Julieta: "Si le preguntas a mi madre él está en el infierno, pero yo creo que en parte él era bueno, así que para mí está en el cielo"

Si bien Julieta reivindica a su madre al comprender y aceptar que tiene razón cuando afirma que era un mal hombre, ella actualmente elige recordarlo por las cosas buenas que hizo como padre. Le salvó la vida a los cuatro o cinco años, cuando la casa en la que vivían se incendió mientras ella estaba dormida y entró a rescatarla pese a las llamas, lo que le produjo quemaduras que lo llevaron a estar internado por varias semanas, quedando con secuelas leves. Además, hubo reglas que el padre asentó a las que Julieta prestó especial atención y cumplió al pie de la letra, como la prohibición del consumo de

drogas, aunque él se dedicara a venderlas y viviera de ello, subrayando que si probaba alguna sustancia podía terminar adicta y en la calle: *"por eso yo nunca consumí nada"*.

Asimismo, la elaboración de la pérdida llevó a que la paciente pudiera evocar otros recuerdos que nunca había traído al espacio analítico:

Julieta: "Creo que esto no te lo conté, pero me pone triste que no me vea siendo madre, que no conozca a su nieto, aunque él me decía que primero me tenía que estabilizar para tenerlo porque los hijos son un gasto -sonríe- y que tenía que encontrar un buen hombre que me acompañe."

El padre en esta frase le indicó cómo debe ser el hombre con quien tenga un hijo: debe ser bueno; pero este "buen hombre" puede tomar muchos sentidos, muchas significaciones, ¿bueno como pareja o bueno como padre? y ¿si es bueno como padre, será malo como pareja al igual que él?. Su discurso es contradictorio, exhibe ambivalencia en muchos sentidos, no obstante, configura parte del curso del Ideal.

1.3 La Identificación con su Madre como Sinónimo de Vergüenza

Julieta: "La perdoné, pero no. Me hizo mucho daño, ella nunca estuvo como madre, nunca tuve niñez. Me dolió que me deje en vergüenza"

El psicoanálisis, según postula Freud (1920) "conoce a la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona" (p.99), y como mencionaba en el extracto anterior, Julieta se ve identificada con el objeto materno, y toma cosas de ella, a pesar de que recalca que *"cuando tenga una hija o un hijo quiero hablarle, no hacer como mi madre que nunca pudimos sentarnos a hablar. Con mi madre es muy difícil."* Julieta está colmada de contradicciones, lo que deriva en que esté inmersa en un conflicto: por un lado, se identifica con acciones de la madre que cree que están bien, como por ejemplo, cuando la madre acudió a instituciones para pedir que a todos (Julieta y sus cuatro hermanos) los ubicaran en el mismo refugio, indicando que en uno de los centros de asilo le habían propuesto separarse de sus hijos debido a que no contaban con lugar para todos. La madre de la paciente logró que Julieta -a la edad de diez años- y sus hermanos se quedaran con ella en el mismo lugar: *"nos salvó de la calle"*, señala la paciente. Esta búsqueda de un refugio para poder quedarse, surgió a raíz de que se tuvieron que ir de la casa en la que vivían, luego de que el padre de crianza de Julieta golpeará brutalmente a su madre estando embarazada de su hermano más pequeño, porque desconfiaba que no fuera su hijo, y porque *"tiró la plata en unos cubiertos nuevos"*.

Por otro lado, lo que transmite en varias ocasiones es que no quiere parecerse a ella, no sólo por el hecho de que la haya corrido de su casa y la haya dejado a la deriva, sino que además porque su madre se prostituye desde la adolescencia para poder sustentarse. En el siguiente fragmento, Julieta confirma que su madre se dedica a la prostitución para poder mantener a sus cinco hijos, aunque entrevistas anteriores había indicado que trabajaba realizando limpiezas.

Julieta: "Yo no quiero ser como ella que deja que su hija esté pasando mal, yo quiero ser diferente, quiero ser lo opuesto a mi madre."

Emilia: ¿Lo opuesto? ¿En qué sentido?

Julieta: "Sí, lo opuesto. No quiero estar con hombres que no me gustan y me dan asco, preferiría encontrar otra posibilidad, aunque entiendo que si mi madre lo hizo fue porque no le quedó otra y era para darnos de comer"

Julieta logra expresar por primera vez en el espacio analítico cuál es el verdadero trabajo de su madre, e indica a su vez que le dio mucha vergüenza enterarse a qué se dedicaba, y que fue su hermana mayor la que le contó, lo que luego constató con su madre, cuando en una pelea se lo confirmó. También su abuela materna había ejercido la prostitución, así que ella no quería ser la próxima. La paciente quiere huir de ese destino que se presenta ante ella como la salida más fácil, no solo debido a la historia de dos de las mujeres de la familia, sino que además sobre cómo esa historia pesa al momento de decidir su futuro. Los ideales, impartidos por la sociedad, las instituciones, e incluso el padre de crianza con sus reglas, ella los toma como propios, y la alejan de ese destino que tuvo su madre, destino que ella siente que la conduce a un juicio social constante. Este juicio, Julieta lo encuentra en la mirada de los otros, que despierta en ella el síntoma, vale decir, la vergüenza.

En la primera sesión del 2024, luego de haber interrumpido la terapia por casi dos meses debido al cierre del anexo de la facultad donde se efectúan los encuentros, Julieta me expresa la situación por la que transitó en el mes de enero, y que ya me había adelantado por mensaje de whatsapp, al escribirme para retomar con las sesiones:

Julieta: "Un compañero de trabajo me acosó, al principio tenía vergüenza, por eso no dije nada en el trabajo"

Relata que la situación de acoso se repitió en varias oportunidades, por un hombre casado y con hijos, al cual ella no le había prestado atención. Cree que "el tipo capaz se pensó que yo andaba en cualquiera", debido a que antes se había relacionado con un ex

compañero de trabajo, y luego con uno actual, con el que cortó la relación porque él también estaba con otra chica y a ella no le gustó que le mintiera. Ante la culpa que la paciente expresa sentir, le indico que esas relaciones fueron consentidas lo que marca una gran diferencia con el acoso vivenciado, y que por supuesto no es la responsable de lo que haya entendido y pensado su acosador, así como tampoco había tenido la culpa antes, en otras situaciones de abuso que experimentó, incluso siendo una niña. Sobre esto, Julieta afirma débilmente: *“sé que no tuve la culpa, pero no sabés cómo me miraban los demás, parecía una puta”*, siendo estas miradas de desdén y de juicio de los otros, las que la llevaron a posicionarse en ese lugar de *“puta”*, identificándose de esta manera con su madre y su trabajo de prostituta. Como explicita en una entrevista, ella quiere ser lo *“opuesto”* a su madre, y sin embargo en esta situación se identificó con ella y con el aspecto que le desagrada. Por tal motivo, se refugió en la vergüenza y en la culpa, y al resignificar y asociar los abusos anteriores con el presente acoso, sintió rabia, lo que desembocó en que se cortara los brazos y las piernas: *“me acordé de cuando mi tío me grabó desnuda con su celular, ¡qué asco!, ¡qué vergüenza! y entonces me corté”*.

Siente rechazo de su propio cuerpo, asco. Se angustia porque hombres que ella no quería la tocaron y grabaron, la miraron con el mismo deseo perverso que miran a su madre, y que miraron a su abuela anteriormente, lo que la lleva a tener cierto rasgo paranoico que la hace creer que todos los hombres y las mujeres que la rodean la miran de la misma manera, juzgando quién es. No quiere repetir la historia, no quiere ser prostituta, pero a su vez, se aleja de los lugares donde cree que la miran con desdén por la vergüenza que le da estar en esa posición. El Ideal del Yo, el Ideal de mujer que está en su inconsciente, la puede separar de cómo ella se siente bajo la mirada de los otros, y por ende, rescatar del juicio de su propia mirada.

1.4 Situaciones de Abuso

Además de Clara y María, en la casa sustituta donde residía al momento de comenzar con el tratamiento, también vivía Martín. La paciente nos expone que con Martín se llevaba peor que con Clara, debido a que él tenía actitudes que la hacían sentir incómoda e insegura en la casa: le daba órdenes sobre cómo actuar en ciertas situaciones, le reclamaba la comida, e hizo especial énfasis en que en una oportunidad se propasó con su mejor amiga. Esto fue lo que culminó con la relación cordial que mantenían ambos.

Emilia: ¿Alguna vez Martín se propasó con vos también?

Julieta: Conmigo nunca, yo sé como actuar, le pongo un stop, lo enfrento. Una vez me pasó algo parecido.

Emilia: ¿Cuándo?

Julieta: Con cuatro años y después a los dieciséis años (...).

Julieta relata que la situación de abuso por la que pasó a los cuatro años fue cuando vivió con su padre biológico y su abuela paterna porque su madre no la podía tener, siendo un sobrino de dicho padre quien la manoseó, remarcando que: *“no me penetró, pero es abuso igual”*. En una de las visitas que le hacía la madre, la vió *“jugando de mala manera con los muñecos”* y le consultó por qué lo hacía. Acto siguiente la llevó al médico, donde *“la cagaron a pedos”* por las pésimas condiciones en las que Julieta llegó al consultorio, dando cuenta de la situación de desamparo por la que estaba atravesando la niña, que luego de la muerte de la abuela paterna que se hacía cargo de ella, quedó a la deriva con un padre biológico que no pudo sostener los cuidados correspondientes.

La segunda situación de abuso, fue a los dieciséis años en la casa de uno de los hermanos de la madre: ella entró a bañarse, y de repente sintió una vibración que parecía proceder de un celular que no era el de ella, por lo que revisó el baño y, efectivamente encontró el celular del tío que estaba grabando. Se aseguró que no hubiera quedado nada sobre ella en la galería, envolvió el celular en ropa, y fue al cuarto donde se encontraba el tío con la mujer, y les avisó que se iría de la casa. Ante este aviso inesperado de Julieta, la mujer que la miraba extrañada le preguntó por qué se quería ir, a lo que la paciente confesó: *“lo que pasa es que este hijo de puta me filmó desnuda”*.

Julieta: “Yo me sentía muy mal y fui a buscar a mi madre, y me preguntó: ¿cómo fueron las cosas? y me dijo que no me acercara. Nada más. En el centro juvenil hicieron reunión para hablar de esto y mi madre como que lo naturalizó, yo no podía hacer mucho”

Emilia: “No te sentiste apoyada por ella”

Julieta: “No. A ella le pasó algo parecido entonces creí que me podría entender, pero no..”

Avanzado el proceso, la paciente cuenta que su madre también vivió una situación de abuso a los cuatro años y aclara: *“pero lo de ella fue con penetración”*, como si quisiera disminuir el episodio que ella vivió a la misma edad. Al momento de ser abusada, su mamá tampoco se sintió sostenida por su madre, y ahora volvía a repetir la dinámica de comportamiento, pero esta vez ella se había convertido en el objeto que rechaza a la niña demandando cuidado. Julieta, resalta que confió en que su madre la entendería y le brindaría contención por el hecho de haber sido víctima de una violación, pero como resultado obtuvo una madre que no pudo contenerla y que por momentos parece actuar

como juez del accionar de la hija, diciéndole en varias oportunidades que seguro exageraba las cosas o simplemente ignorando el tema.

Julieta se había construido un ideal de madre que estaba lejos de existir en su madre, y a raíz de esto, se había construido un ideal para ella misma, un ideal del Yo, compuesto de todo lo que quería ser, lo que genera que a lo largo del análisis se vea atravesada por ciertas interrogantes que la interpelan sobre qué tipo de mujer ven los demás, y qué ve ella misma en el espejo cuando se interroga por su femineidad.

Capítulo 2- Articulación teórica. Sobre las Identificaciones

2.1. Falta de Objeto: Frustración

Lacan (1956-1957) propone pensar las relaciones primitivas del niño a partir de la noción de la falta de objeto que comprende tres niveles: castración, privación y frustración. A esta última, el autor (1956-1957) la vincula "con la investigación de los traumas, fijaciones, impresiones, provenientes de experiencias preedípicas" (p.63), lo que no implica que esté por fuera del Edipo, sino que configura el camino por el cual se desarrollará. Lacan menciona que Freud considera que el deseo es la cuestión central del conflicto analítico, por lo que indica que incluso en la dinámica de la frustración el sujeto queda en una posición de deseo respecto a un objeto, pero ¿cómo se genera dicha dinámica y cuál es el objeto de la frustración?

Para conceptualizar a la frustración es necesario introducir el registro de lo real, que refiere a "un conjunto de cosas que ocurren efectivamente" (p.33), como por ejemplo, las necesidades biológicas del niño y el instinto de subsistencia que lo conduce a llorar para cubrirlos. En principio, se puede afirmar según Lacan (1956-1957) que la frustración es un "conjunto de impresiones reales vividas por el sujeto" en la primer etapa de su vida, donde "su relación con el objeto real se centra habitualmente en la imago del seno materno" (p. 64); este objeto real es para el pequeño lo que le proporciona saciedad, y tanto puede ser el seno de la madre, como cualquier otro objeto que cumpla con la función de erotizar la zona oral y nutrirlo, cubriendo de esta manera diferentes necesidades primarias, como el hambre. Hasta el momento, el único objetivo del infante es el de satisfacer sus necesidades para garantizar la supervivencia, pero conforme se avanza en la relación con el objeto real, también se comienza a configurar en el psiquismo del niño el registro simbólico, que establece la noción de agente. El agente, es atribuido a la madre que "no aparece propiamente desde el inicio" como tal, sino que lo hace en el momento en que el niño comienza con los juegos de repetición.

“A partir de esos juegos, juegos que consisten en tomar un objeto perfectamente indiferente en sí mismo y sin ninguna clase de valor biológico. Para el caso, se trata de una pelota, pero también podría ser cualquier cosa que un niño de seis meses haga saltar por encima de la baranda de su cama para recuperarlo a continuación.” (Lacan, 1956-1957, p.69)

Lacan toma de la obra de Freud, lo que este último observó en el juego de un niño de dieciocho meses de edad, y que denominó "Fort-Dá". El pequeño lanzaba un carretel lejos de su alcance mientras decía "fort" (se fué), para luego recuperarlo diciendo "dá" (acá está). Se pudo corroborar, luego de varias observaciones, que este juego iniciaba cuando la madre se iba, y si bien el niño no lloraba con su partida, repetía varias veces este modo de jugar hasta que ella volvía, por lo que Freud constató que el niño expresaba la angustia de separación por medio de la ausencia del juguete, siendo la aparición del mismo el acto placentero.

De esta manera, se instala la presencia y la ausencia a través del juego, por medio de un juguete que puede estar al alcance del niño, o no estarlo porque lo arroja lejos de él, al mismo tiempo se introduce el lenguaje como mediador entre la ausencia y la presencia, funcionando también como llamada, como reclamo. En forma similar se piensa la relación con el objeto materno, teniendo en cuenta que "la presencia-ausencia está, para el sujeto, articulada en el registro de la llamada" (p.69), es decir, el niño llama al objeto materno cuando se encuentra ausente "y cuando está presente, es rechazado, en el mismo registro que la llamada, o sea mediante una vocalización" (p.69). El par presencia-ausencia le permite al sujeto realizar otras asociaciones con el objeto real, complejizando una relación que se trataba únicamente de la cobertura de las necesidades, e inaugurando el registro simbólico que tiene como elemento principal al agente de la frustración.

La madre como agente, es la encargada de responder a la llamada del niño y proporcionar su pecho, a través del cual el pequeño logra la satisfacción anhelada, pero qué sucede en el caso contrario, es decir, si la madre no responde a la llamada del sujeto, si la ignora. Lacan indica que cuando esto ocurre la madre "cae", y agrega que "si antes estaba inscrita en la estructuración simbólica que hacía de ella un objeto presente-ausente en función de la llamada, ahora se convierte en real" (p.70). La caída de la madre implica entonces un cambio en la posición que ella tiene respecto al sujeto, pasando de ser agente simbólico, a ser madre real.

"¿Por qué? Hasta entonces existía en la estructuración como agente distinto del objeto real que es el objeto de satisfacción del niño. Cuando deja de responder, cuando de alguna manera responde a su arbitrio, se convierte en real, es decir, se convierte en una potencia" (Lacan, 1956-1957, p. 70)

Este pasaje de agente simbólico a potencia o madre real, implica un gran cambio en el accionar de la madre, porque significa que responderá también al deseo propio y no sólo a los deseos del niño. En consecuencia, el acceso del niño al objeto real se ve limitado, y la única manera de llegar hasta él y satisfacerse es que su madre lo permita, que se lo dé. Por lo tanto, el seno de la madre deja de funcionar únicamente como objeto real, para adquirir también la categoría de don, en tanto que "los objetos que el niño quiere conservar junto a él, ya no son tanto objetos de satisfacción, sino la marca del valor de esa potencia que puede no responder" (Lacan, 1956-1957, p. 70), lo que la madre le da, son dones y signos de amor, y entran en la dinámica presencia-ausencia al igual que la madre. Al respecto, el autor indica que existe un "equilibrio y una compensación" en la relación del niño y la madre real, debido a que la frustración de amor, es compensada al resarcir la necesidad del pequeño.

Partamos del soporte de la primera relación amorosa, de la madre como objeto de la llamada y por lo tanto, objeto tan ausente como presente. Una parte de sus dones son signos de amor, y a ese título, solo son eso, es decir, que por este mismo hecho quedan anulados en la medida en que son algo muy distinto que signos de amor. Por otra parte, están los objetos de la necesidad, que la madre presenta al niño bajo la forma de su pecho. (...) Si el niño llama, si se aferra al pecho y este se convierte en lo más significativo de todo, es porque la madre le falta (1956-1957, p.177).

Como se mencionó en la presentación del caso, Julieta vivió lejos de su madre por dos años y quien estuvo a cargo de suplir sus necesidades fue su abuela paterna. Este período en el que el objeto materno fue suplantado por la abuela, va desde los dos años hasta los cuatro años de edad, y es una etapa atravesada por la falta de la madre, que si bien visitaba regularmente a su hija, Julieta menciona que no le parecían suficientes encuentros y que le hubiese gustado que estuviera más tiempo con ella. Había una búsqueda de la presencia de la madre, que a su vez, se traducía en una demanda difícil de cumplir, porque refería a que el agente le permitiera acceder a la misma doble satisfacción que gozaba cuando era una bebé, esto es, la cobertura de las necesidades reales y también

de las simbólicas, porque en esos encuentros no sólo buscaba que su madre la alimentara, sino que también buscaba que la reconociera como hija y le brindara sus dones. Esta demanda significada de reconocimiento se acentuó una vez que la abuela paterna falleció, debido a que era la que cumplía el rol de objeto materno, y dejaba ese espacio vacío. La libido que Julieta volcaba sobre la abuela, se desplazaba completamente hacia la madre, esperando que ya no se ausentara como antes. Julieta siente otro tipo de la falta de objeto que concierne a la privación; Lacan (1956-1957) postula que el sujeto siente esta falta como un "agujero", aunque indica que "la ausencia de algo en lo real es puramente simbólica. Si un objeto falta de su lugar, es porque mediante una ley definimos que debería estar ahí" (Lacan, 1956-1957, p.40), por lo que Julieta padece la falta de la madre porque siente que ella no está, en donde debería estar.

La paciente queda a la espera de la llegada de la madre y sus ratos de presencia constaban de un valor más elevado que antes, porque significaba que sus necesidades serían contempladas; necesidades que el padre biológico fue incapaz de asumir, dejándola en una situación de profundo desamparo, en la que Julieta fue abusada por un sobrino de él. De hecho, fue su madre que pudo percibir la "*mala manera*" de jugar de la niña, por lo que hubo simbolización de la situación de abuso mediante el juego brusco con los muñecos, convirtiéndose en una especie de pedido de ayuda que la madre supo observar y que motivó a que se la llevara a vivir con ella. Cabe preguntarse si esta respuesta de la madre a tener cerca a su hija, tiene que ver con el cumplimiento de la demanda de reconocimiento, o si corresponde más bien a una decisión que tomó obligada por las circunstancias. Si se tiene en cuenta lo que Julieta ha traído a lo largo de las consultas, se puede percibir que la demanda de amor aún continúa a la espera de ser respondida. A propósito, Lacan indica que la demanda de hecho, "nunca puede ser propiamente satisfecha" y agrega que "satisfecha o no, se anonada, se aniquila en la etapa siguiente y enseguida se proyecta sobre otra cosa" (1956-1957, p.103), por lo que esta demanda se puede transformar, y la exigencia puede ser otra. Lo que se mantiene constante es su deseo del deseo de la madre, porque persiste la espera de que la madre la reconozca, una necesidad de que la valore como persona, como hija y como mujer, que se corresponde a la tendencia a buscar lo que Freud denominó el "objeto perdido, un objeto que hay que volver a encontrar" (Lacan, 1956-1957, p.15).

Sin embargo, Lacan indica que esta búsqueda se encuentra condicionada por la nostalgia de las primeras satisfacciones vividas por el niño, considerando que "dicha nostalgia marca al reencuentro con el signo de una repetición imposible, precisamente porque no es el mismo objeto, no puede serlo" (p.15). De esta manera, así como la hija desea el reconocimiento de la madre, ¿por qué el deseo de la madre no se enfoca en ella?. Siguiendo a Lacan (1956-1957) se puede indicar que la madre desea otra cosa, que según

el autor se trata del falo, que no es definido como el órgano anatómico, es decir, el pene como tal, sino que está vinculado a la imagen, a la representación del mismo que los seres humanos se hacen en los planos simbólico e imaginario. El falo, es el signo que indica que la madre es deseante "en cuanto ser que vive en el mundo del símbolo, en un mundo parlante" (Lacan, 1957-1958, p.188) que puede vincularse a la existencia de una pareja, los hermanos, el trabajo, etc; son sus "idas y venidas", su ausencia, la prueba de que existe "Otra cosa" más allá del niño. El accionar de la madre está determinado por su propia falta, ya que si alguien desea es porque efectivamente le falta algo. Para suplir lo que él percibe como carencia, el niño se propone como "objeto falaz" y trata de erigirse entre los demás símbolos que llaman la atención de la madre.

En esta etapa, el niño se introduce en la dialéctica intersubjetiva del señuelo. Para satisfacer lo que no puede ser satisfecho, a saber, el deseo de la madre, que en su fundamento es insaciable, el niño, por la vía que sea, toma el camino de hacerse él mismo el mismo objeto falaz. Este deseo que no puede ser saciado, es cuestión de engañarlo. Precisamente porque el niño le muestra a la madre algo que él no es (Lacan, 1956-1957, p.196).

"La frustración es en sí misma, el dominio de las exigencias desenfrenadas y sin ley" (Lacan, 1956-1957, p.39), dado que aún no interviene la ley paterna y la madre encuentra su omnipotencia. Se comienza a elaborar de este modo una tríada imaginaria, compuesta por la madre, el hijo y el falo, en la cual la niña se identifica con el objeto que la madre desea.

El camino para lo que será la concepción del complejo de Edipo presentado en el siguiente capítulo, introduce un cuarto elemento, el padre. Hasta el momento no había aparecido en la dinámica simbólica porque el significante madre ocupaba toda la atención, pero el padre intervendrá realizando un corte, esto es, prohibirá a la madre, privará al niño de la madre. Lacan (1957-1958) explicita que el mismo cumple el funcionamiento de una metáfora, y como tal, sustituye a otra cosa: "es un significante que viene a sustituir a otro significante" (p.179). ¿Pero a qué sustituye la metáfora paterna? toma el lugar del significante materno, que fue instituido en el momento que el sujeto logra la primera simbolización, pero en esta ocasión a quien se simboliza es al padre, permitiendo la instalación de lo que se denomina como "el nombre del padre" en la teoría de Lacan:

Es el elemento mediador esencial del mundo simbólico y de su estructuración. Es necesario para ese destete, más esencial que el destete primitivo, por el que el niño sale de su puro y simple

acoplamiento con la omnipotencia materna" (Lacan, 1956-1957, p.366).

2.2. Sobre el Complejo de Edipo

El complejo de Edipo es un proceso que comienza alrededor de los tres años, hasta aproximadamente los cinco años, y estructura las conductas y emociones del infante hacia sus figuras parentales. En rasgos generales, se trata del desarrollo de la sexualización de la madre en un primer momento y luego del padre, originando sentimientos hostiles inconscientes hacia el progenitor del mismo sexo y deseo incestuoso hacia el progenitor del sexo opuesto. Freud dirá en su texto "Tótem y tabú" que "constituye el núcleo de todas las neurosis" (p.158) debido a su relevancia en la configuración del carácter y la organización del núcleo de la personalidad en la infancia. Cabe destacar siguiendo a Nasio (2007) que cuando el psicoanálisis postula el deseo incestuoso por parte del infante, no se trata de un deseo erótico como tal, sino que refiere a un "deseo virtual, jamás saciado" (p.30), porque implica la fantasía de volver a volcarse sobre el cuerpo materno igual que cuando se era un bebé, para retomar el contacto físico que le fue limitado en la fase de la frustración. "El deseo incestuoso es pues, únicamente una figura mítica de lo absoluto" (Nasio, 2007, p.31), en donde el varón y la niña desean poseer a la madre para tenerla sólo para sí, en búsqueda de una fusión física imposible.

De acuerdo a lo expuesto, se puede determinar que en un primer momento la niña al igual que el varón, tiene deseo incestuoso hacia la madre, dado que continúa en la fase preedípica en la cual el padre aún no ha intervenido. La niña entonces, cree que tiene el falo, y para atraer la atención de la madre utiliza la característica metonímica del mismo para tomar su forma y proponerse como objeto falaz, en el intento de cubrir el deseo de la madre. Hasta este punto todavía sigue respondiendo a una posición masculina, pero una vez la niña descubre que no cuenta con el falo y que para su desilusión, la madre tampoco lo tiene, es que se comienza a perfilar hacia la elección del padre como objeto, buscando atribuirse del falo que piensa que le fue privado. Nasio (2007) llama a este descubrimiento de su falta como "fantasía de dolor de privación. Mientras el varón vive la angustia de poder perder, la niña vive el dolor de haber perdido, mientras el varón teme una castración, la niña deplora una privación" (p.57), por lo que el vuelco hacia el padre como objeto de amor, no supone un riesgo de pérdida, sino una posible ganancia, porque quizás con él pueda conseguir el falo anhelado. Ante la negación del padre de darle el falo, la niña comienza a sexualizar al padre, pues ya no tiene el deseo de poseer (como pasaba en un primer momento en relación con la madre), sino el de ser poseída, lo que genera comportamientos hostiles hacia la madre por considerarla una rival hacia el camino de gustarle al padre. Nuevamente el padre se niega,

para el bien de la pequeña, logrando de esta manera la salida exogámica del Edipo, que le permite buscar su objeto de amor por fuera de los progenitores.

El Edipo femenino culmina en el momento en que la niña, habiendo vivido ya la experiencia de la separación de la madre, está preparada para desear al padre, renunciar a él, introyectar las características de su persona y sus valores y, finalmente, reemplazarlo, siendo ya una niña crecida. (Nasio, 2007, p.97)

Lacan (1957-1958) expone que el complejo de Edipo tiene "una función normativa", refiriéndose a la relación del sujeto con la realidad y con los aspectos morales que atañen a la misma, agregando que implica la "asunción de su sexo" (p.169) por parte del infante. Esto último es sumamente relevante, puesto que significa asumir el cuerpo propio y su genitalización, proporcionando el comienzo de la dialéctica identificatoria alrededor de la cual se definen los rasgos femeninos o masculinos no sólo en lo relativo a la maduración biológica, sino que también en función de las concepciones ideológicas y culturales que le hayan sido transmitidas. A su vez, Nasio (2007) propone que la "salida ideal" del complejo de Edipo en la niña, la convoca a "superar la idea infantil que hace de la mujer un ser castrado e inferior" dejando de lado la rivalidad con la madre y descubriendo la vagina como su propio sexo, lo que da paso a la identificación.

En efecto, la finalización del complejo de Edipo se encuentra estrechamente vinculada con la construcción de la instancia del superyó, debido a que la salida del Edipo trae consigo la modulación de las pulsiones que son reservadas en el ello, conforme avanza la represión de los deseos incestuosos míticos; represión que luego encuentra sostén en la conformación del Ideal del yo.

En lo referente al caso clínico, es importante hacer énfasis en que el Edipo de Julieta está constituido en torno al padre de crianza, que actúa en el papel del encargado de restituir la ley del incesto desde el Otro. Esto se explica porque a diferencia del padre biológico, que permitió el abuso de su hija bajo su tutela demostrando su falta de falo y en consecuencia, su incapacidad para detener la lógica perversa que se estaba instalando, el padre de crianza muestra la desaprobación de este hecho y busca al biológico para "*cagarlo a palos*" en sinónimo de castigo, más allá de que no haya sido quien llevó a cabo el abuso, arremete contra él por su falta. Con el padre de crianza se instala la función paterna, pues restablece el orden en ese sentido y elabora los límites que le dan a Julieta la entrada en el proceso de Edipo, en tanto es un padre que se puede negar. De todas maneras, los comportamientos agresivos que utilizaba en el negocio de las drogas y en la defensa personal, trascendieron al hogar, golpeando a la madre en repetidas ocasiones, con la paciente y sus hermanos de testigos. La niña veía a su madre siendo golpeada sin poder

hacer nada más que mirar y callar. El padre que una vez la había defendido de un abuso, y que incluso la seguía defendiendo de las miradas curiosas de los compañeros de negocio, era agresivo con su madre y por momentos, también lo era con sus hermanos cuando se "*portaban mal*".

¿Cómo sostener la función paterna cuándo la figura del padre es tan ambigua?, si bien las instituciones como el centro juvenil y los refugios familiares en los que vivió junto a su madre y sus hermanos, encarnan la posición reguladora paternal al brindarle posibilidades que la ayudaron a reorganizar su esquema, habilitando talleres en los cuales podía aprender de sexualidad, desarrollo, etc, ella continúa en la búsqueda de la presencia de su madre. A estos temas nunca los pudo conversar con su madre de la manera en que ella quisiera y es algo que muchas veces trae a las consultas: "*nunca pudimos hablar. Es muy difícil con ella*", por lo que entiende que hay una falta, y ello motiva la búsqueda de la palabra de la madre, pero no se trata de cualquier palabra, sino de una respuesta que la colme y la gratifique. Aunque la madre no recobra la omnipotencia de la etapa de la frustración porque ya está instalada la ley paterna tanto por la persona del padre como por las instituciones, hay un retorno a esas primeras identificaciones primitivas, que retoman el deseo de acaparar el deseo de la madre, principalmente luego de la muerte del padre de crianza, por lo que es otra falta que intenta llenar. Aunque su duelo no sea patológico, la pérdida del objeto paterno duele de todas maneras, y por tal motivo ha sido imprescindible ayudarla a elaborar y recorrer el proceso de duelo.

En parte, se repite la situación de la niñez de cuando su abuela paterna murió, aunque esta vez el corte paterno con respecto al deseo de la madre está hecho, lo que evita que su madre la devore. Nasio en el capítulo donde hace referencia a cuando el Edipo retorna traumático, menciona que "la neurosis del adulto es siempre una patología de lo mismo, una dolencia del narcisismo" (Nasio, 2007, p.108). Julieta sabe que puede apuntar a otra cosa además del deseo de la madre, pero sufre de todas formas porque la madre no ha podido reconocer la diferencia entre las dos y respetarla como tal, lo que continúa hiriendo su narcisismo.

2.3. Teoría del Estadio del Espejo

Jacques Lacan (1949) creó su teoría del "estadio del espejo" para explicar la conformación de la función del yo, proceso que inicia a los seis meses de edad, y continúa hasta al año y medio. Si bien es pronto para que se puedan controlar las funciones motoras que eventualmente ayudarán al niño a seguir explorando el entorno, Lacan (1949) plantea que el pequeño ya es capaz de percibir e identificarse con su imagen reflejada en el espejo, y a diferencia de otras especies, como por ejemplo la cría de mono, este estímulo no se

agota, sino que se acentúa conforme avanza el crecimiento. Previo al momento de establecimiento de la función del yo, en el registro psíquico que adquiere progresivamente el niño, según propone el autor, existe una concepción fragmentada de sí mismo, la cual “no designa sólo las imágenes del cuerpo físico, sino también cualquier sensación de fragmentación y de falta de unidad” (Evans, 1998, p. 60), por lo que refiere a cómo el niño percibe cognitivamente su propio cuerpo a corta edad, teniendo en cuenta que en el sentido biológico aún le falta coordinación y control sobre el mismo.

Lacan, indica que el niño reacciona con alegría ante el descubrimiento de su reflejo, porque constata que se encuentra ante una imagen de sí mismo que exhibe una maduración motora que él todavía no alcanzó en realidad, por lo que la función del yo comienza a constituirse por medio de una identificación con el otro reflejado:

Es que la forma total del cuerpo, gracias a la cual el sujeto se adelanta en un espejismo a la maduración de su poder, no le es dada sino como Gestalt, es decir, en una exterioridad donde sin duda esa forma es más constituyente que constituida, pero donde sobre todo le aparece en un relieve de estatura que la coagula y bajo una simetría que la invierte, en oposición a la turbulencia de movimientos con que se experimenta a sí mismo animándola. Así esta Gestalt, cuya pregnancia debe considerarse como ligada a la especie, aunque su estilo motor sea todavía irreconocible, por esos dos aspectos de su aparición simboliza la permanencia mental del yo al mismo tiempo que prefigura su destinación alienante (Lacan, 1949, p. 101).

Esta alienación que el sujeto tiene con la “Gestalt”, lo “conduce a una sensación imaginaria de dominio” (Evans, 1998, p. 82), porque a pesar de que lo especular expresa al niño la idea ilusoria de completud, en el orden de lo real el pequeño aún no goza de tal control sobre el cuerpo. La imagen con la cual se alieneó captura entonces el narcisismo del niño, que comienza a anhelar la unidad percibida en el reflejo, porque carece de las limitaciones biológicas del cuerpo real, lo que desemboca en la construcción de un yo ideal que se hace imperativo reproducir a lo largo de la vida, pero ¿acaso el júbilo expresado en la niñez, continúa apareciendo al descubrirse en la imagen proporcionada por el otro?.

Continuando con el desarrollo respecto al inicio de la conformación del yo, es importante destacar el papel que desempeña quien cumple con la tarea de cuidar al niño. En el caso de que sea la madre quien está ahí cuando el niño se enfrenta con su imagen reflejada y se reconoce en la misma, esta identificación se produce porque ella intercede en el proceso, no sólo brindándole sostén mientras el niño se visualiza frente al espejo,

introduce además uno de los elementos fundamentales que comprenden el psiquismo humano: el lenguaje. La madre incorpora la palabra a través de la pregunta que le realiza al niño: “¿quién es ese de ahí?”, mientras apunta la figura que se refleja en el espejo, y enseguida ella misma responde: “ese sos vos”; estas palabras terminan de constituir lo que ya se estaba suscitando en el niño desde el registro imaginario, a saber, que el otro en el espejo es él sin fragmentaciones. A su vez, que se encuentre presente la madre en ese momento de identificación con la imagen, produce una relación de “reciprocidad” con el objeto generando una identificación con el mismo, porque a medida que el sujeto se sumerge en la red lingüística inaugurada por la relación con su imagen, con la madre y con sus semejantes también accede al Otro, con mayúscula, que es la sede de las representaciones del deseo, de la cultura, etc.

En base a lo expuesto por Lacan, se puede determinar que la alienación del sujeto con la imagen permite concretar la estructura psíquica, por lo que esta simbolización es sumamente importante para el desarrollo de las primeras relaciones objetales y la apertura del complejo de Edipo, sin embargo el despliegue del Otro, que es considerado como el "lugar de la ley del deseo" (Carrasco, 2017, p.110) y en donde se perpetúan las múltiples acepciones del lenguaje, genera la escisión del sujeto. Esta segregación es acentuada por los constructos sociales que a posteriori van introduciendo en el inconsciente estereotipos e ideales, que configuran las percepciones sobre la imagen de sí mismo; percepciones que permanen circunscritas a la primera alienación donde se conforma el yo, pero que muestran diferencias en cuanto a las características, porque remiten a los padecimientos y discursos que el sujeto ha integrado a su cadena significativa. Entonces, la relación con la imagen y la sensación de unidad experimentada en la niñez, no se mantiene fija, sino “que le proporciona al sujeto la matriz alrededor de la cual se organiza para él lo que yo llamaría su vivencia de incompletud” (Lacan, 1956-1957, p.178); dicha “incompletud” configura la angustia vivenciada por el sujeto cuando se admite dividido, provocando de esta manera, sensación de falta.

En lo referente a Julieta, para ella es muy importante la noción del otro porque vivencia la relación con sus semejantes, ya sean compañeros de trabajo, hermanos, o la madre, como si fueran un espejo que le devuelve la imagen de lo que por momentos ella cree es. En uno de los encuentros mencionó: “*no sabés cómo me miraban los demás, parecía una puta*”, dando cuenta de que la mirada externa se fusiona con la idea inconsciente que tiene de sí misma, causando padecimiento por miedo a la repetición de la historia de su madre y abuela materna. De la misma forma que en la niñez la introducción del lenguaje por parte de la madre nos ayuda a alienarnos con la imagen, en la adultez se renueva este proceso pero tomando las opiniones de los demás. En el caso de Julieta, esto habilita a que se genere una alienación e identificación con el discurso de los otros,

confirmándose que “en la medida en que el sujeto los pone en relación con su propia imagen, aquellos a quienes les habla también son aquellos con quienes se identifica.” (Lacan, 1954-1955, p.366). La mirada externa se encuentra en conflicto con la propia mirada, y por tal motivo, también existe una discordancia entre la mujer que efectivamente es y la mujer que cree ser porque otros se lo dijeron. Ella desea ser lo contrario a la madre, y sin embargo, los discursos que le echan la culpa por lo sucedido con el compañero de trabajo y con los cuales se ha identificado por vía inconsciente, la empujan a retroceder a la identificación primitiva con el objeto materno.

Si bien el júbilo no se acaba totalmente, la angustia de estar fragmentado lo excede, y de acuerdo a Lacan, no hace más que persistir e incrementa la idea de falta: “sobre la base de las dos primeras relaciones simbólicas entre el objeto y la madre del niño, puede ponerse de manifiesto que tanto a la madre como a él puede faltarles imaginariamente algo” (Lacan 1956-1957, p.179).

2.4. La Mirada del Otro

A propósito de la identificación con la madre, Freud en “Más allá del principio de placer” propone que “sucede a menudo que la elección de objeto vuelva a la identificación, o sea, que el yo tome sobre sí las propiedades del objeto” (p.100), no sin antes aclarar de que en realidad, dicha identificación está ligada a la etapa primaria de formación del síntoma, comprendiendo los campos “de la represión y el predominio de los mecanismos del inconsciente” (p.100). Se puede pensar esto último en la paciente, dada la identificación que la misma desarrolló con el objeto materno; objeto al que ama pero al que también le reclama no haberla contenido lo suficiente, principalmente en lo que tiene que ver con las situaciones de abuso vividas en diferentes etapas de su vida. De hecho, Julieta transmitió en varias oportunidades que sintió “asco” por la forma de expresarse de la madre sobre el abuso vivido en la infancia, lo que incrementó la tensión madre-hija:

Julieta: “Me habló mal porque yo no quise faltar al liceo para cuidar a mis hermanos, y le dije: me hubieras dejado con mi padre entonces, ¿para qué me trajiste?, y ahí me dijo: sabes por qué te saqué, porque en la casa de tu padre te hacían así.. -hace ademán de tocarse las partes íntimas-.

A estos gestos que funcionan como significantes y que se unen a la red inscrita en el psiquismo de la paciente, se le agregan los regaños que recibía por parte de su madre cuando consideraba que no estaba vistiendo ropa "adecuada" para salir, ya sea porque la prenda era muy corta o escotada, al mismo tiempo que le indicaba que con esa forma de

vestir podría llamar la atención de hombres con intenciones de abusarla sexualmente. Si bien se podría traducir este regaño de la madre como una manera de "protegerlas" a ella y a las hermanas, lo cierto es que causó en Julieta la incrementación del síntoma: la vergüenza. Dicha vergüenza está íntimamente relacionada con la idea que la paciente se ha construido alrededor de cómo es percibida por los demás, lo que deriva en que tenga una concepción paranoide sobre el género masculino, que la obliga a estar a alerta, no sólo por la regla impuesta a través de la madre sobre la toma de precauciones, que implicaba cubrirse el cuerpo antes de ser descubierta por la mirada de un perverso, sino también porque hubo ocasiones en las que sintió que no estuvo lo suficientemente atenta, y se aprovecharon de ella.

En el discurso que la madre les transmite a ella y a las hermanas, se inmiscuye su propia experiencia siendo hija de una madre prostituta, y también está motivado por la violencia social que conlleva el ejercicio de la prostitución, debido a que si bien es una práctica muy antigua aún se continúa realizando juicio moral principalmente sobre las mujeres que la practican, porque lo que para los hombres significa una mera participación en el "mundo del mal", "para ellas, conforma su modo de vida, totaliza su existencia" (Lagarde, 2001, p.622). Las palabras de la madre, encuentran refugio en el imaginario social que imparte el deber ser de la femeneidad, tal es así que "cuando se piensa a la mujer, de manera general y abstracta, automáticamente se le da el contenido del estereotipo bueno al grupo en su conjunto, nunca se le identifica con la particularidad negativa" (Lagarde, 2001, p.588), creencia basada en concepciones morales que procuran indicar qué comportamientos -o qué ropa, en este caso- son los aceptables para considerarse una buena mujer. Sobre este punto, Carrasco (2017) en "Sintagmas sobre la histeria" se formula la pregunta "¿qué es una mujer?" considerando que esta interrogante "opera como índice de un conflicto de las indentificaciones" (p.138), conflicto del cual Julieta no queda exenta, porque la búsqueda de su rol en lo que respecta a lo social, la lleva a cuestionarse sobre qué tan parecida es a la madre, desplegando la interrogante que interpela su existencia: ¿es buena o mala mujer?. Mientras no caiga en la repetición y por lo tanto, no reproduzca las acciones de la madre y de la abuela materna, será una mujer buena acorde a la definición que se ha instalado en el imaginario social, y a los principios que su superyó mantiene intactos dentro del ideal. Pero a la vez, se siente amenazada por un destino al cual imagina catastrófico:

El Destino es la figura de lo Dicho -lo que recuerda la forma tautológica "lo que está dicho, está dicho"-: el Destino tiene su estructura tautológica y es, para parafrasear el dialecto del

malestar, "lo que ocupa la cabeza" del sujeto, lo invade como un pensamiento sin salida. (Assoun, 2001, p.67)

Julieta le teme a lo tautológico del destino porque este tiene sus raíces en el pasado, precisamente en los errores de las mujeres que la precedieron, fallando en el ejercicio de la maternidad y en la posición que tomaron frente a la sociedad. La preocupación y el sentirse amenazada, la conduce a rellenar el futuro con escenas en donde se imagina a ella misma siendo algo que todavía no es, pero que puede llegar a ser si se dan ciertas circunstancias. En una sesión indicó que su madre le había recriminado que por ella y los hermanos había salido con "*un viejo*" y Julieta le dijo que "*para eso no me hubieras tenido*", aunque luego vuelve a admitir que si ella estuviera sin trabajo formal y a cargo de los hermanos, o con un hijo o hija, capaz haría lo mismo porque "*fue la enseñanza que mi madre me dejó*", siendo este lado de la identificación materna lo que genera confusión en el superyó.

Continuando con lo planteado al inicio del presente apartado, se puede decir que la madre presenta la premisa de que todos los hombres son malos, ubicandolos de esta manera como posibles clientes en el registro imaginario, y por eso Julieta recorre los distintos ámbitos de su vida con una mirada paranoide frente a los varones, cuidando sus acciones, procurando no mostrarse para que el otro no entienda "*otra cosa*", en ese sentido, se ve "la oscilación entre signo (cuerpo que se da a ver) y significante (eso que se enuncia y oculta entre palabras y vestiduras) fálico que sobre-imprime en el cuerpo erótico" (Carrasco, 2017, p.125). De todas maneras, el ocultarse tras cierta ropa que no enseñe "demasiado", no fue suficiente para que su compañero de trabajo no la acosara porque su cuerpo en sí mismo está entregado al "goce del Otro, en tanto este la ordena y constituye - a través de sus discursos - como objeto del goce fálico" (Carrasco, 2017, p.184). Si bien se trabajó en sesión para que la paciente aceptara de manera consciente que no fue su culpa lo sucedido con el compañero, y que de esta manera pudiera afrontar lo mejor posible las etapas de denuncia con los organismos correspondientes, lo imprescindible es que ella logre dismantelar esta creencia en lo simbólico y en lo imaginario, que es de donde inconscientemente parte su síntoma. Para ello es importante que pueda continuar colocando en palabras lo sufrido, y así, resignificar la culpa.

Mientras la madre instala la mencionada creencia imaginaria en la que todos los hombres son potenciales clientes, su padre de crianza aparece como un hombre que se diferencia de las acciones de los hombres que la rodean, al menos en lo que refiere al cumplimiento de la ley del incesto. La paciente recuerda que siendo una niña durmió con él en la misma cama, y hace énfasis en que nunca le faltó el respeto, ni se propasó, y que por tal motivo le tenía confianza y cariño. A pesar de que era un hombre con comportamientos agresivos, y la paciente reconoce que estuvo muy mal al infligir daño a la madre, subraya

que fue importante que se haya hecho presente como "*figura paterna*", desarrollando un vínculo padre-hija que permitió que pueda atravesar el proceso de Edipo. El padre de crianza se erige como un ideal para la paciente, porque hace cumplir la ley del incesto y le brinda a Julieta un escape de la creencia impuesta por la madre, abriendo la posibilidad a que como él haya otros hombres que quizás respeten su integridad y su cuerpo. Por eso continúa su relacionamiento con los hombres, a pesar de que por momentos ve entorpecido el anhelo de encontrar a alguien de acuerdo a lo indicado por su padre de crianza, con la característica de ser "bueno"; aunque Julieta indica que al principio sí se presentan como tal, para luego tornarse violentos con el pasar del tiempo, siendo relaciones de las que le cuesta salir a pesar de que reconoce lo destructivo del vínculo, desplazando la demanda de amor hacia las relaciones amorosas "la dependencia respecto del objeto amado tiene el efecto de rebajarlo; el que está enamorado está humillado. El que ama ha sacrificado, por así decir, un fragmento de su narcisismo y sólo puede restituirse a trueque de ser-amado" (Freud, 1914, p.95), ¿cuánto de la relación con la madre se reproduce en esos vínculos amorosos-violentos en los que se embarca? ¿Qué tanta de la búsqueda de un hombre "bueno" tiene que ver con la búsqueda de la atención de su madre?.

Asimismo, está la ansiedad que le provoca estar expuesta frente a la mirada de un otro, que dispara diversos pensamientos que evocan a su síntoma, y provocan reviviscencias de las situaciones de abuso vividas en la infancia y adolescencia: la brutalidad y violencia con la que su padre actuaba como pareja, y las palabras pasivo-agresivas de su madre respecto a que no debe mostrar demasiado su cuerpo si quiere exigir respeto. Dados sus aprendizajes, vale preguntarse ¿qué mujer considera que es al exhibirse completamente ante la mirada de un varón?.

2.5. Ideal del Yo

Un ideal en el constructo popular es algo que podría decirse utópico o difícil de alcanzar, pero ¿qué es el ideal en lo que al psicoanálisis respecta?. Freud planteó el término del Ideal del yo en "Introducción al narcisismo", donde explicó que el mismo funciona como una instancia psíquica del sujeto, a la cual se intenta desplazar el narcisismo primario infantil, que remite al "amor de sí mismo de que en la infancia gozó el yo real" (Freud, 1914, p 91). Este desplazamiento de la libido yoica al Ideal del yo, es consecuencia de la incapacidad de renunciar a la satisfacción gozada en la niñez y proporcionada por el yo ideal, que el sujeto encuentra en la imagen del otro con el cual se aliena e identifica en el momento del estadio del espejo. Cabe destacar, que Lacan realiza una distinción entre Ideal del yo y el yo ideal, siendo el primero el que "dirige el juego de relaciones de las que depende toda relación con el otro" (Lacan, 1953, p.214), en donde está instaurado lo

simbólico que organiza al segundo, que refiere a la imagen de sí mismo y a lo que el yo considera que es.

Al conformarse el Ideal del yo, se desarrollan exigencias que implican un constante esfuerzo del yo por tratar de cumplirlas, dichas exigencias encuentran su matriz, como se mencionó anteriormente, en la relación con el otro, y tienen como componente principal lo social y lo moral. Si bien el trasfondo de las exigencias puede cambiar de acuerdo al contexto en que se haya criado la persona, siempre se corresponden a la "influencia crítica de los padres (...) a la que en el curso del tiempo se sumaron los educadores, los maestros y, como enjambre indeterminado e inabarcable, todas las otras personas del medio (los prójimos, la opinión pública)" (Freud, 1914, p.92). El Ideal del yo es suscitado por el discurso del Otro, que a su vez está atravesado por normas sociales y reglas morales que el Ideal adquiere como fundamentos de medición al yo, respecto a esto, Lacan (1953) indica lo siguiente:

El ideal del yo, es el otro en tanto hablante, el otro en tanto tiene conmigo una relación simbólica, sublimada, que en nuestro manejo dinámico es a la vez semejante y diferente a la libido imaginaria. El intercambio simbólico es lo que vincula entre sí a los seres humanos, o sea la palabra, y en tanto tal permite identificar al sujeto (p.215).

La palabra entonces, es constitutiva de la relación con el otro a través de sus dos niveles: significante y significado. Ambos conforman la estructura del lenguaje, que comienza a producir sentido para el sujeto una vez simboliza el mundo de imágenes que lo rodea, generando una dialéctica en la que se produce "transmisión significante", y de donde emerge la posición del sujeto respecto a un objeto. El Ideal del yo está ligado a esto último, porque a la vez que se avanza en la constitución del posicionamiento del sujeto y su estructura psíquica, también se desarrolla el sistema de identificaciones del cual se reciben postulados que están inscriptos en una red significante, con la que se articulan formulaciones propias. De esta manera, el Ideal se ve integrado a una red que define múltiples exigencias, y que por lo tanto, conforma distintos tipos de Ideal del yo, que pueden ser de índole económico, familiar, etc. En consecuencia, Freud postula en "El Yo y el Ello" que el superyó como instancia psíquica represora de los deseos inconscientes del sujeto, instalará la noción de "conciencia moral" y según cómo se haya transcurrido el complejo de Edipo, "tanto más riguroso devendrá después el imperio del superyó (...) quizá también como sentimiento inconsciente de culpa, sobre el yo" (Freud, 1923, p.36), lo que repercute directamente en las características del Ideal del yo del sujeto.

La paciente adjudica la culpa al cuerpo propio y no al hombre que la acosó, lo que desemboca en los cortes de poca profundidad en las piernas y en los brazos, después de mucho tiempo sin hacerlo. La situación de acoso dispara la intervención del superyó, que asentó sus bases en un padre que solía ejercer violencia con quienes consideraba que no respetaban las normas impuestas por él, aunque Julieta dirige esa violencia aprendida en la infancia hacia ella misma, juzgando su cuerpo con la misma vara que su padre juzgaba el cuerpo de la madre. Es decir, el padre parecía castigar a la madre por su pasado como prostituta, y la mirada del otro ubica a la paciente en una posición similar, por lo que cabe preguntarse ¿qué relación tienen los golpes que la madre recibía, con el autocastigo ejercido por Julieta?. El superyó de la paciente acude a la moral del padre para justificar el masoquismo, y a su vez, redirige al Ideal del yo hacia el objetivo de alejarse lo más posible del destino de su madre y su abuela materna, al que se acerca cada vez que se siente catalogada como "*puta*" por la mirada y el accionar del otro. Tal situación también alimenta la idea paranoica de que todos los hombres pueden ser potenciales abusadores, y por supuesto, hace emerger sentimientos abrumadores de culpa, y las palabras de la madre pidiéndole que se cubra alimentan el asco hacia el cuerpo propio, pero ¿por qué una mujer tiene que sentir culpa y asco de sí misma por el deseo del otro?.

La culpa es alimentada por la vergüenza, que para Assoun (2001) es "el afecto que con más propiedad da cuenta del alcance de la quiebra del ideal del sujeto" (p.95), por lo que la paciente percibe que su Ideal del yo se debilita cada vez que se siente expuesta. Su madre le indicó a lo largo de su vida que era ella la que debía tomar precauciones ante eventuales perversos, por lo que ser abusada y acosada por un hombre es para Julieta cometer un error, porque significa que no siguió las indicaciones que su madre le impuso, que no fue lo suficientemente prudente, y en consecuencia significa que actuó como una prostituta, es en ese momento donde "la vergüenza aparece como la señal infalible de que el sujeto está en falta, que falló, se rebajó, hizo o dijo lo que no había que hacer ni decir" (Assoun, 2001, p.105).

Julieta está imaginariamente sometida al error de no cumplir con las reglas paternas y maternas, y considera que es merecedora del castigo que el superyó la lleva a realizarse, por no estar a la altura de los estándares que se fue consolidando desde la infancia, estándares que están relacionados con el distanciamiento de la identificación con su madre. En los primeros encuentros al preguntarle en qué trabajaba, mencionó: "*hago changas*" y rápidamente aclaró: "*pero no soy chango*", explicando a que con esto último hacía referencia a que no trabajaba como prostituta, y aunque a mí no se me había ocurrido relacionar el hacer changas con el ejercicio de la prostitución, ella se vió obligada por su superyó a aclararlo, como si quisiera adelantarse a los posibles pensamientos que pudieran surgirle a raíz de su escueta respuesta, como si quisiera disminuir la probabilidad de que le hiciera un

juicio de moral, aunque ¿fue una aclaración dirigida hacia a mí, o en realidad era para sí misma?.

Consideraciones Finales

El discurso analítico tiene la característica de liberar a la palabra del ideal del yo, porque promueve la libertad en el lenguaje que el paciente trae en su propio Otro. Cuando se elige trabajar en un dispositivo de atención psicológica, se debe tener en cuenta que los ideales y el propio sistema de valores no deben ser colocados en la persona del paciente, ya que en caso contrario estaríamos juzgando la situación desde nuestra óptica, dejando sin lugar al despliegue del Otro, y arremetiendo contra la libertad de decisión propia de la persona. Eso implica no juzgar al paciente en ningún sentido de la palabra, es decir, ni con gestos, ni con el habla, ni con la mirada. De todas maneras, siempre hay algo que se escapa a pesar de que lo queramos silenciar, por ejemplo, la vergüenza que la paciente sentía en los primeros encuentros, tuvo que ver con que mi mirada por momentos se mantenía fija en ella y en sus movimientos nerviosos, esperando que me dieran una respuesta para después poder interpretar, aunque luego comprendí que mientras más intentaba interpretar menos escuchaba el más allá de la paciente, es decir, lo que dice también en los momentos que decide callar, en los momentos que se tapaba la cara para esconderse de mi curiosa mirada.

El equívoco manejo de la escucha y el no controlar la mirada, pueden ponderar y encarnar el juicio social dentro del consultorio, no sólo porque el paciente puede sentirse estigmatizado y ansioso al asociarlo con alguna situación vivida, sino porque se pueden sacar conclusiones erróneas respecto al padecer del otro, que pueden llevar a truncar el análisis antes de que se logre introducir el verdadero motivo de su malestar psíquico. Al principio, considero que mi mirada fue un obstáculo para que Julieta pudiera sentir ese espacio totalmente suyo, e introducía cierta desconfianza traducida por las siguientes interrogantes: ¿qué quiere de mí? ¿cuál es la respuesta correcta?. Mi observación repetía los discursos institucionales que si bien velaban por su bienestar, la colocaban en un lugar en el que muchas veces se sintió sentenciada por no comportarse de la forma aceptada culturalmente.

En base a lo expuesto, fue necesario reconocer que los nervios propios de quien debuta en la clínica, habían perpetrado mis propias inseguridades y no me habían dejado entablar el vínculo necesario para la ruptura de las resistencias; aunque las resistencias nunca caen en un primer momento, para lograr establecer la transferencia debía replantearme mi posición, y principalmente calmar la ansiedad que me daba enfrentarme ante lo desconocido, procurando calmar "la tentación más evidente" en un terapeuta, que es "tender a contestar la pregunta del otro con las propias certezas" (Carrasco, 2017, p.210).

Para mi fue un gran desafío el poder llevar a cabo las modificaciones, porque se trató de adquirir herramientas clínicas para el correcto establecimiento del encuadre, y que Julieta lograra sentir el espacio como propio para que pudiera surgir el Otro. Nasio en su libro "Cómo trabaja un psicoanalista" hace mención a la expresión de Lacan sobre la necesidad de hacer silencio en sí mismo, para que surja el "Gran Otro supuesto saber" (p.62), que es "el referente, el interlocutor de los nuevos síntomas que van a aparecer y que van a llevar la significación transferencial" (p.62), lo que ya está fundado en el análisis con Julieta. En cuanto a esto, Lacan dice:

"si algo nos ha enseñado la experiencia analítica, es que toda relación interhumana se basa en una investidura proveniente en efecto del Otro. Este otro está ya en nosotros bajo la forma del inconsciente, pero en nuestro propio desarrollo no puede realizar nada, salvo a través de una constelación que implica al Otro absoluto como sede de la palabra" (Lacan, 1956-1958, p.374).

Haciendo referencia al último extracto del capítulo dos, me parece importante subrayar la confusión que tiene por momentos el superyó de la paciente, dado que recibió discursos contradictorios a lo largo de su vida, y a veces le es difícil discernir cuál es el camino y destino adecuado para ella. Esta confusión se puede percibir principalmente, cuando indica que si fuera por darle de comer a un hijo o a sus hermanos ejercería la prostitución, lo cual va en contra de su ideal del yo, pero a su vez hay algo en el interior del superyó que le indica que si es por alimentar a alguien que depende de ella, esta en lo correcto. ¿Dónde se ubica entonces el deseo de la paciente? ¿Qué tipo de mujer es?, son interrogantes en las que hay que seguir trabajando en conjunto con Julieta.

Considero relevante resaltar la importancia de que pueda fundar sus propios estatutos a partir de lo que surge de cada sesión, y de no retirarle la ilusión de que puede construir un camino diferente, que puede "reinstaurarse como agente de su destino" (Assoun, 2001, p.70), mientras desarma el fantasma del síntoma: "*ahora algo me estoy dejando ayudar, antes era más cabeza dura*" dijo Julieta en una sesión al comienzo de este año, ¿cuánto más queda por *ablandarse*, o mejor dicho, por reconocerse en la diferencia con su madre?. Es importante también preguntarse sobre el principal padecer de la paciente, esto es, que a veces la madre puede no estar, al igual que el momento de la frustración en la primera infancia, ¿cómo aprender a vivir con esta ausencia sin que duela tanto?.

Para finalizar, me gustaría agregar uno de los postulados que Freud realizó en su texto "Introducción al narcisismo" sobre las histéricas: "su necesidad no se sacia amando,

sino siendo amadas" (Freud, p.86, 1914), y aunque Julieta no tiene una estructura histérica como tal, es importante tener en cuenta para el futuro del análisis su demanda sostenida en el tiempo de ser considerada, de ser amada, mientras se trabaja en que no le genere tanta vergüenza sentirse mirada por el otro, ni por ella misma frente al espejo.

Referencias

Assoun (2001). El perjuicio y el ideal. Hacia una clínica social del trauma. Buenos Aires: Nueva Visión.

Carrasco, O. (2017). Sintagmas sobre la histeria. Psicolibros-Waslala.

Evans, D. (1998). Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano. Paidós.

Freud, S. (1993). El yo y el ello. En J.L Etcheverry (Trad.), Obras completas (Vol. 19) Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).

Freud, S. (1986) Más allá del principio de placer, Psicología de las Masas y análisis del yo y otras obras en Obras Completas Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu editores. (Publicado originalmente en 1920-1922).

Freud, S. (1993). Introducción del Narcisismo. En J.L Etcheverry (Trad.), Obras completas (Vol.14). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914)

Lacan, J. (1988). El Seminario: Libro 1. Los Escritos Técnicos de Freud. Paidós.

Lacan, J. (1997). El Seminario: Libro 2. El Yo en la teoría de y en la técnica psicoanalítica. Paidós. (Trabajo original 1954-1955)

Lacan, J. (2005) El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica en Escritos 1. Buenos Aires: Siglo XXI editores. (Trabajo original publicado en 1949)

Lacan, J. (1994). El Seminario: Libro 4. La Relación de Objeto. Paidós.

Lacan, J. (1999). El Seminario: Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente. Paidós.

Lagarde, Marcela (2001) "Los cautiverios de las Mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas." Primera reimpresión, UNAM, México.

Lacan, J. (2020) El Seminario. Libro 4: La Relación de Objeto. Buenos Aires: Paidós. (Publicado originalmente en 1956-1957).

Nasio, J. (2015). Cómo trabaja un psicoanalista-- Argentina: Editorial Paidós.

Nasio, J. (2007). El Edipo. El concepto crucial del Psicoanálisis-- Argentina: Editorial Paidós.